

A diez años de su muerte

Monseñor Romero y las organizaciones populares

Acacio Belandria P.

Han pasado diez años desde la muerte de Monseñor Romero. ¡¡¡Increíble!!!

Su memoria, su espíritu, sus ideas, su entrega total al pueblo sencillo, no los ha borrado el paso del tiempo.

Cada año, mayor número de gente pobre, mayor número de comunidades de base, se inspiran en su persona y en su palabra para vivir el cristianismo más en serio.

“La palabra queda—decía él—. Y éste es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá, pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger”.

Monseñor Romero no predicaba su palabra, sino a Cristo. Era un simple canal entre el pueblo y Cristo. Por eso las palabras que pronunciaba tenían y siguen teniendo una fuerza formidable, arrolladora.

En estos momentos nuevos y apasionantes por los que pasamos los pobres de Venezuela, necesitamos de una Palabra clara y sincera, nacida del corazón, como la de Monseñor Romero. Tenemos que reconocer que como pueblo estamos tremendamente desorganizados, dispersos, cada uno buscando su propia salida. Sí hay intentos de organización, pero aún son intentos tímidos, de unos pocos. Los grupos de poder, cada vez ejercen más opresión sobre los pobres con tal de obtener mayores ganancias para su beneficio. Mientras más pasa el tiempo, serán más fuertes, pues esos grupos de poder llevados por el ansia de ganar arrasarán con todo lo que encuentren a su paso. Por eso es urgente que tomemos conciencia de que tenemos que unimos organizadamente, para hacernos respetar, para saber presentar con dignidad nuestras demandas, para plantear a esos grupos de poder nuestras propias alternativas. No permitamos que ellos sigan hablando de nosotros con esos calificativos de “masas populares...”, “los marginales...”, “el sector empobrecido...”. Tenemos que dejar de ser masa, “marginales”, para convertirnos en un pueblo organizado que se hace escuchar y que toma parte de las decisiones de su propio destino.

Monseñor Romero fue un acérrimo defensor del derecho que el pueblo tiene a organizarse. Al mismo tiempo que fue un gran impulsor y defensor de las organizaciones populares frente a los grupos de poder; también era un fuerte crítico de ellas cuando se desviaban de los verdaderos objetivos. Cinco meses antes de su muerte, el 9 de septiembre de 1979, pronunció estas palabras:



“El derecho de organizarse nadie lo puede violar. La represión que quiere deshacer los grupos organizados hace muy mal, porque la organización es un derecho humano que nadie lo puede violar. Las reivindicaciones que esas organizaciones piden, cuando son justas, hay que oír las. No está el asunto en reprimir una manifestación que va pidiendo tal vez cosas justas, sino en oír que dicen para saber atender por el bien común el clamor de un gran sector del pueblo. Yo quisiera hacer aquí un llamamiento a los queridos cristianos. No les está prohibido organizarse. Es un derecho, y en ciertos momentos, como el de hoy, es también un deber. Porque las reivindicaciones sociales y políticas tienen que ser no de hombres aislados, sino la fuerza de un pueblo que clama unido por sus justos derechos”.

Y cuando ya sólo quedaban seis días de vida se le acercó un periodista del “Diario de Caracas” y le preguntó cómo era su relación con las organizaciones populares. Su respuesta fue:

“Es la relación de un pastor con el pueblo, de un pastor que sabe que el pueblo tiene derecho a organizarse y defiende ese derecho de organización. Sé que las reivindicaciones del pueblo, que se expresan en las organizaciones, son justas y hay que apoyarlas. También tengo la suficiente libertad para denunciar el abuso de esa fuerza de organización cuando se desvían por caminos de violencia innecesarios. Esta es mi relación: de pastor para animar lo justo y para denunciar lo

que no es bueno”.

Monseñor Romero fue esencialmente un hombre de Iglesia, y por eso sentía así de las organizaciones del pueblo, y predicaba permanentemente sobre la necesidad de organizarse. Esa fue la línea de trabajo que lanzaron los Obispos de toda América Latina reunidos en Medellín en 1968. Diez años más tarde volvieron sobre el mismo tema cuando se reunieron en la ciudad de Puebla en México. Monseñor Romero “sentía” con la Iglesia, vivía intensamente su pertenencia a la Iglesia de Jesús, el pueblo de Dios.

Illuminados y animados por la Palabra de ese Pastor y Mártir Latinoamericano, sigamos en este difícil camino que muchos hemos emprendido: de ir promoviendo organizaciones donde no las hay, y consolidando las que ya existen. Que esta tarea sea el mejor homenaje que le brindemos a Monseñor Romero en el décimo aniversario de su martirio.